

HENRY JAMES: LOS «OTROS» Y SU VOCACION LITERARIA

María Antonia Alvarez

En sus Memorias, James se retrata a sí mismo como un ser alejado de los fines prácticos de la vida y, al igual que Lambert Strether en *The Ambassadors*, no sólo se encuentra incómodo en el mundo, sino que también el mundo hace que se considere de alguna manera absurdo. De ahí su deseo de «otherness», de separación y de aislamiento, como lo indica principalmente el primer volumen de su autobiografía, *A Small Boy and Others*. Los amigos y familiares de su niñez, los «otros» eran tan envidiables que

...in that early time I seem to have been constantly eager to exchange my lot for that of somebody else, on the assumed certainty of gaining by the bargain (p. 101).

Nada era más brillante para James que la aventura, la conquista, lo teatral, la libertad; pero también eso era lo que más le costaba siquiera intentar alcanzar. Se sentía temperamentalmente excluido de la vida de acción, al no poder participar activamente para conseguir lo que deseaba compitiendo con los «otros», y por eso cualquier referencia a ese tipo de vida despertaba en él la admiración o la envidia. En 1888 le escribía a su amigo Robert Louis Stevenson, que se encontraba por tierras exóticas: «you are too far away», «you are too absent», «you have become a beautiful myth». James le confesaba a Stevenson que se había convertido en una especie de «unnatural uncomfortable unburied *mort*» y a pesar de recibir regularmente su «monthly voice» contándole todas sus aventuras, notaba su presencia sobre su silla de trabajo «crawling like a fly»¹.

Muchos críticos se han ocupado de esta faceta de la vida de James, entre ellos Daniel J. Schneider², quien afirma que la nota que más se oye en las páginas

¹ Henry James, *Letters*. Selected and edited by Percy Lubbock. New York: Octagon Books, I, p. 137.

² Daniel J. Schneider, *Adventures of the Imagination in the Fiction of Henry James*. Lawrence: The Regent Press of Kansas, 1978 (traducción de Enrique Montes, Noema Ed. S.A. México, 1980) pp. 1725.

autobiográficas es la de la envidia, y así se desprende de las largas reflexiones de James sobre su estado mental: «I envied the boy-eyed celebrity», o «I envied Gussy» (p. 101) James, sin embargo, analiza minuciosamente en qué consistía ese sentimiento de celos hacia lo que los «otros» eran capaces de hacer y él no, y lo define como el mero reconocimiento de todas esas cualidades por un observador pasivo. No recuerda haber sentido celos de que los «otros» fueran felices, en la medida que los podían sentir los «children of spirit», pues su carácter adolecía de «a positive lack of the passion and thereby a lack of spirit». La envidia, al menos según él la concebía, no era más que la simple aceptación «of what they were», de lo que admiraban en sus compañeros y que define como una especie de «richer consciousness».

Según Schneider, el motivo de esta posible envidia era el complejo de inferioridad que sentía el niño Henry principalmente a causa de su hermano William, siempre tan avanzado en todo, que no podía llegar a alcanzarle. Y, efectivamente, así parece confesarlo James:

...my brother's occupying a place in the world to which I couldn't at all aspire —to any approach to which in truth I seem to myself ever conscious of having signally forfeited a title (pp. 7-8).

Maxwell Geismar también coincide en afirmar rotundamente que la causa principal de su deseo de «otherness» era la rivalidad que existía entre Henry y William James. En esa crítica corrosiva que es su libro contra los «jacobites», Geismar llega a asegurar que el significado esencial de las Memorias es el triunfo de Henry James sobre su hermano, ya que comienza con la idea de escribir una pequeña biografía de William y acaba desarrollando un tema intrincado sobre sí mismo, donde su hermano casi desaparece, excepto en el segundo volumen, para de esta manera establecer su propia superioridad³.

Si creemos las propias palabras de James en su autobiografía, la causa principal de su aislamiento, de su «otherness», eran las ideas de su padre, ya que la familia actuaba de manera totalmente distinta de la de sus amigos y compañeros:

...my father had terms, evidently strong, but in which I presume to feel, with a shade of irritation, a certain narrowness of exclusion (p. 344).

La familia estaba desconectada de cualquier mundo sólido y estable; eran nómadas, imposibles de clasificar en los cánones establecidos: «I feel it at the time to *be* an hotel child» (p. 19). James no era el único que estaba separado de los otros, «the chill, or at least the indifference, of a foreseen and foredoomed detachment» (p. 129), sino que su familia también lo estaba, y de ahí su imposibilidad de realizar lo que su ser deseaba tan intensamente: participar en la vida, «live!», como Strether exhorta al joven Bilham⁴, y ese «vivir» es el gran tema de la ficción de James.

³ Maxwell Geismar, *Henry James and the Jacobites*. Boston: Houghton Mifflin, 1963, pp. 410-1,

⁴ Henry James, *The Ambassadors*, New York Edition, Vols. XXI-XXII. Charles Scribner's Sons, 1907-17.

La existencia difícil que tuvo que soportar dentro de esa familia paradójica, que lo esperaba todo y no demandaba nada de cada uno de sus miembros, las hostilidades fraterna y filiales dentro de ese círculo familiar que consideraba tan importante la energía individual, y la rivalidad entre todos ellos, aunque el afecto y la solicitud mutuas trataran de hacerlos parecer infundados, le obligaron a James a ocultarse en su «otherness», abrumado por tantos seres superiores y activos a su alrededor.

Según Schneider, la carencia de estabilidad familiar y de vida de hogar la refleja James en su personaje Hyacinth Robinson, el héroe de *The Princess Casamassima*, quien también ha de conformarse consigo mismo, con la separación de los otros seres, con la inestabilidad, con la libertad sin hogar y con la falta de identidad. James valoraba las ventajas de su vida cosmopolita y solitaria, que le iba a permitir desarrollar sus cualidades de observador.

No hubiera cambiado su suerte por la de otros niños educados en un ambiente más familiar, porque no hubiera tenido la oportunidad de «dawle and gape» (pp. 19-20). No obstante, no podía evitar envidiar la condición «fija» y confiada de las personas a que hace referencia en *The Ivory Tower*, llamándoles, como recuerda Schneider, «escandalosos mundanos»⁵.

Quentin Anderson, al estudiar la doctrina de Henry James, padre, sobre el matrimonio de lo universal con lo individual, cita brevemente el pasaje de *A Small Boy and Others* que enfatiza el interés de James en los «others» como poseedores de algo diferente, una «otherness» que le parecía mucho más satisfactoria que ser simplemente Henry James, y cree que esto demuestra con qué intensidad el novelista penetraba en el mundo para apoderarse de cualquier detalle que atrajera su interés. Pero la consecuencia fue que todo detalle extraño experimentó una asimilación o transformación, de tal manera que James se convirtió en el mundo, al tiempo que el mundo se convertía en James⁶.

Hay otra referencia en la biografía de F.W. Dupee⁷ a la «otherness» de Henry James, partiendo del título *A Small Boy and Others*, que insiste ha de leerse literalmente, pues cree que el verdadero tema de las Memorias es la conversión gradual de ese alejamiento que experimentaba James hacia sus compañeros en material auténtico para su vocación literaria. Si llega a considerarse realmente «other», si establece su diferencia con lo que le rodeaba y se convierte en espectador, la única forma de volver a integrarse en el mundo es por medio de su arte.

Para Leon Edel, el principal biógrafo de James⁸, los «others» que aparecen por las páginas de las Memorias, eran la innumerable corte de personajes que rodeaban al niño Henry durante sus primeros años, y cuyos perfiles están descri-

⁵ Daniel J. Schneider, op. cit., p. 23.

⁶ Quentin Anderson, *The American Henry James*. New Brunswick, N.J. Rutgers University Press, 1957, p. 352.

⁷ F.W. Dupee, *Henry James*. «The American Men of Letters». Series. W. Sloane Associates, Inc, 1951, pp. 29-30.

⁸ Leon Edel, *Henry James: The Untried Years (1843-73)*. Philadelphia: J.B. Lippincott Company, 1962, pp. 103-4.

tos de forma tan clara, a pesar del más de medio siglo transcurrido. Había pintores y escritores, y su innumerable corte de familiares, tantísimos primos por parte de la familia de su padre como de su madre. Su deseo de ser cualquiera de ellos no llevaba consigo ningún tipo de celos o envidia, sino como James explica claramente:

A platitude of acceptance of the poor actual, the absence of all vision of how in any degree to change it, combines with a complacency, an acuity of perception of alternatives, though a view of them as only through the confectioner's hard glass window (p. 101).

Según Edel, el aceptar la idea de lo inalcanzable también significaba librarse de tener que competir con los «otros», pues para James se trataba de «a business having in it at the best, for my temper, if not for my total failure of temper, a displeasing ferocity». Y si competir era malo, «snatching was therefore still worse, and jealousy was a sort of spiritual snatching» (p. 101). En realidad, no es que James quisiera cambiarse por nadie, sino que veía «gifts everywhere but as mine», y esto le producía el efecto de verse obligado a refugiarse en sí mismo, en su «otherness».

Para Schneider, esta supuesta envidia de James, fundada por otro lado en sus declaraciones retrospectivas, cuando ya era un anciano, apenas descubre la auténtica verdad de su experiencia infantil, que más bien pudiera considerarse, como James lo llama, «the imaginative faculty under cultivation», o «the personal history of an imagination» (p. 454).

Esta imaginación, la consciencia del artista en evolución, se hace ilimitada cuando supone deseable todo lo «otro», queriendo incorporarlo a su imaginación, para así enriquecerla:

Fed by every contact and every apprehension, and feeding in turn every motion and every act, wouldn't the light in which it might so cause the whole scene of life to unroll in inevitably become as fine a thing as possible to represent? (p. 435).

Si envidia a los huérfanos es porque la falta de familia les ofrece muchas más posibilidades que las que él tiene. Pero, en realidad, continúa Schneider⁹, lo que importa al estudiar el tema de la envidia en el niño Henry James es ver la influencia posterior que tuvo en su obra y cómo su imaginación organiza esta experiencia, que principalmente da lugar al «yo dividido» que aparece en su ficción, desdoblado en pasividad-agresión. Toda su obra está llena de agresores —Gilbert Osmond y Madame Merle en *The Portrait of a Lady*, Kate Croy y Densher en *The Wings of the Dove*, Charlotte en *The Golden Bowl*, entre otros—, y de ahí que el pensamiento de James tenga siempre presente el temor a cualquier atadura, a todo tipo de dependencia, a las condiciones de una vida fija y enraizada, a las formas fosilizadas, a las instituciones gastadas y a las costumbres que encadenan al hombre. Su esperanza se basa en una nueva sociedad en la que la ino-

⁹ Daniel J. Schneider, op. cit., p. 24.

cencia no se sienta amenazada, no se trafique con ella, en la que se respeten todas las libertades del hombre.

Como cree Anderson, quizá sería posible derivar toda la ficción de James de un comentario escrito por su padre y que cita en el volumen segundo de la autobiografía, *Notes of a Son and Brother*:

My ideal of human intercourse would be a state of things in which no man will ever stand in need of any other man's help, but will derive all his satisfaction from the great social tides which own no individual names (p. 378).

El viejo Henry James, de conformidad con su doctrina de Swedenberg, estaba convencido de que ningún hombre podía colocarse en una posición de dependencia con otro hombre, sin sentirse degradado, pues nadie podía «play the Deity to his fellow man with spiritual impunity» (p. 379).

Estas ideas las fue respirando y absorbiendo James durante su juventud y quizá también haya que tener presente la influencia que ejerció sobre él el pintor La Farge, que fue uno de los primeros que le sacaron de su «otherness» y le abrieron las puertas para que aparecieran ante el joven Henry proyectos y posibilidades futuras:

...he opened up to us, though perhaps to me in particular, who could absorb all that was given me on those suggestive lines, prospects and possibilities that made the future flush and swarm (p. 287).

Era tal la admiración que La Farge le producía, que se sentía arrastrado dentro del influjo que irradiaba para él: «the wealth of his cultivation, the variety of his initiations, the inveteracy of his forms... an embodiment of the gospel of esthetics» (p. 290). También admiraba igualmente James a su hermano William, pero entre los dos sólo se producía una fuerte rivalidad. Ya que su hermano no podía provocar en él esas «inclinations of obeisance» como La Farge, ni tampoco tenía ninguna posibilidad de competir con el brillante William, Henry se esfuerza en ganarse la aprobación y la estimación de sus padres a través de medios no competitivos. Si no podía ser superior, por lo menos podía ser bueno, el hijo cariñoso que no causara ningún tipo de problemas en el ámbito familiar. Los datos confirman que adoptó esta estrategia, por lo que no es de extrañar que William bautizase a su «perfecto y dulce hermano» con el satírico apodo de «ángel». Pero esta dulzura y docilidad le resultó a James muy costosa. Tuvo que refugiarse en su «otherness», erigir un sistema de defensas contra la realidad amenazadora, un sistema de «falso yo», un mecanismo para evitar que los «others» viesan el «yo verdadero» y vulnerable.

No obstante, esa «otherness» de Henry James, el espectador que se pasó la juventud «gaping» a los «otros», sería la semilla y el principal ingrediente de lo que llama «la historia de su creciente imaginación». Observando de cerca a sus familiares y amigos, a todo lo que le rodeaba, fue acumulando el material para su futura carrera de escritor, que le haría escalar las cimas más altas, hasta convertirse en el padre de la novela inglesa moderna.